

## SOCIALISMO Y HUMANISMO \*

Uno de los ingredientes fundamentales del modelo socialista es su contenido humanístico. Deliberadamente he dejado para el final este problema, porque me parece que es la coronación de la idea socialista. El humanismo de la sociedad capitalista es artificial porque no alcanza a todos los individuos humanos, sino tan sólo a grupos privilegiados. El humanismo de las sociedades de transición hacia el socialismo es también inexistente, porque parte del principio colectivista según el cual es preciso borrar del mapa humano las individualidades porque ese es un residuo "burgués". El hombre común y corriente de la sociedad capitalista vive en una atmósfera de constante deshumanización, en una alienación que, como decía Marx en 1844, separa al hombre de su propia actividad productiva y vuelve en contra suyo todos los objetos creados por él. Y el hombre de la sociedad de transición vive bajo el imperio de una ideología que tiende a despersonalizarlo, a volverlo gregario, como si se tratase de una hormiga. En ambos casos se hace patente la necesidad de elaborar una teoría marxista de la desalienación, implícita en el modelo socialista de Marx. Por supuesto, primero hay que elaborar una teoría marxista de la alienación, en base a los textos de Marx y de la ciencia posterior a Marx.<sup>1</sup>

---

\* El texto corresponde al Capítulo VI de "Teoría del Socialismo", de Ludovico Silva, Editorial Ateneo de Caracas, 1980

<sup>1</sup> Es lo que he tratado de hacer en un vasto libro que aún no he terminado de escribir y que se titula "La alienación como sistema", donde se estudia el problema de la alienación en toda la obra de Marx. Pues muchos marxistas europeos y americanos se equivocan radicalmente cuando afirman que la alienación sólo fue un tema de la juventud de Marx. Yo pruebo objetivamente que está en toda la obra de Marx. Adelantos de este libro han aparecido en mi libro Marx y la alienación (Monte Ávila, Caracas, 1974) y Belleza y Revolución (Vadell, Caracas, 1979).

Pero antes conviene ponernos en claro acerca de lo que se debe entender por humanismo. El humanismo es una idea de la cultura europea -es decir desde Homero hasta ahora- y ha revestido diversas formas a lo largo de los siglos y las culturas. Ya en los poemas homéricos y hesiódicos había abundantes reflexiones sobre la naturaleza humana y, como dice Werner Jaeger, se había creado un ideal paidético, educador del ser humano.

En líricos griegos como Píndaro o Teognis, que eran aristócratas, hay también el ideal de la *aristeia*, es decir, la condición del hombre física y espiritualmente superior, cosa que podía lograrse a través de una educación severa y estricta que comprendiese además de la formación física, el estudio de lo que hoy llamamos "humanidades", es decir, el tesoro cultural de los antepasados. Entre los filósofos presocráticos hay también reflexiones sobre lo humano, en especial en relación con los dioses. Los dioses griegos eran como una forma de humanidad superior, y por eso eran antropomórficos.

Jenófanes dice por eso que si los leones pudieran concebir dioses, les darían forma de leones. Posteriormente, entre los sofistas también abundaron las consideraciones sobre la naturaleza humana. Bastaría recordar la célebre y misteriosa sentencia de Protágoras, que cita Platón en el Teeteto (1 ó1 c): *panton chrematon anthropon metron einai*, "el hombre es la medida de todas las cosas". Esto significa, desde el punto de vista ontológico, que el hombre es el rey de la creación, por cuanto todas las cosas del mundo tienen su coronación en el hombre, que no sólo es un ser natural como los demás sino que es el único capaz de crear cultura e historia. Y desde el punto de vista gnoseológico, significa que la matriz para conocer el mundo es la mente del hombre. La sentencia protagórica ha hecho correr mucha tinta erudita y tiene una serie de implicaciones que no podemos tratar aquí. En Platón y Aristóteles hay también una filosofía del hombre, que es lo que en griego se llama antropología. Platón, en su *República* traza un cuadro inflexible de lo que debe ser la educación ciudadana. El tipo de hombre que él concebía era el hombre político, en el sentido de que cada individuo debía servir a la pólis o ciudad-estado. Se trataba de crear una figura humana que fuese armónica por dentro de sí misma y que por eso mismo estuviese al servicio de la comunidad. La filosofía de Platón en este sentido es muy hermosa, como lo era el humanismo de Pericles, pero peca de ser un tanto represiva, pues prácticamente pretende instalar un estado poli-

cial gobernado por los filósofos a fin de que todos los ciudadanos cumplan con su deber. Su colectivismo tenía alguna relación con el colectivismo espartano, que es lo que se ha llamado el "comunismo aristocrático", es decir, la democracia aplicada al reducido número de los mejores, los *politai* o ciudadanos. Pero aparte de esta concepción rígida que llevó a Platón a cosas tales como desterrar de su República a los poetas, por considerarlos, salvo excepciones, poco educativos o paidéticos, se hallan en Platón numerosas observaciones sobre la educación general del hombre que coinciden con el tipo de formación humanística moderna. Aristóteles también define al hombre por su condición política, y es célebre su definición de *zoon politikon*, que por cierto también adoptó Marx en sus *Grundrisse*. El problema era que tras las teorías científicas de Aristóteles había una ideología, la correspondiente a su modo de producción esclavista. En su Política, el estagirita llega al extremo de decir que hay hombres libres por naturaleza, *physei*, y hombres esclavos también por naturaleza. Esta distinción es política y no racial, como algunos han creído. Es política porque los esclavos eran todos los bárbaros, los *barbaroi* (llamados así por el ba-ba que oían los griegos en su lenguaje, los individuos capturados en la guerra. Posteriormente, los filósofos estoicos inventaron una teoría que hoy nos parece muy moderna, y que bautizaron con el nombre griego de *filantropía*, que no consistía, por supuesto, en esa hipócrita ayuda a los pobres de los actuales capitalistas, sino en un ensayo de comprensión del hombre y de amor hacia él.

Entre los romanos, cuya cultura estaba profundamente helenizada, salvo en algunos casos como Cicerón y los grandes poetas del final de la República, el concepto de *humanitas* estaba ligado al estudio y emulación de los grandes modelos griegos. Allí se inaugura la concepción de las "humanidades" ligada al estudio de los autores antiguos, que reaparecerá en el Renacimiento. Y aún puede decirse que antes, porque dentro de la actitud de un San Agustín y sobre todo de un San Jerónimo se resucita el estudio de la Antigüedad grecorromana y se la integra sincréticamente a la nueva doctrina cristiana. La ascesis interior de San Agustín tiene lugar al contacto con la Antigüedad, como lo dice él mismo en sus *Confesiones*. Y en cuanto a San Jerónimo, es un verdadero precursor de los grandes estudios humanísticos del Renacimiento. San Jerónimo realizó en sí mismo el ideal cultural del humanismo, que era el de estudiar a fondo y en sus

propios idiomas toda la cultura antigua. Su conocimiento del latín lo llevó a traducir a este idioma la Biblia, en la traducción que se conoce como la *Vulgata*. Posteriormente, en el siglo XII los tratadistas coinciden en señalar un renacimiento del humanismo que se anticiparía al de los siglos XIV y XV. Los estudios humanísticos de hombres como Juan de Salisbury y Bernardo Silvestre, de la Escuela de Chartres, son notorios. Estos estudios se apagaron un tanto con el escolasticismo del siglo XIII, pero renacieron con fuerza inusitada en el siglo XIV Italiano, especialmente en Florencia y en las universidades. En el fondo se trataba de una tradición que nunca llegó a morir del todo, y que persistía en los oídos populares a través de creaciones como los *Carmina Burana*. Pero en el siglo XIV, y muy especialmente en la Florencia de los Médicis, el culto por la Antigüedad revistió los caracteres de un movimiento cultural revolucionario, en el que estaba comprometido todo el pueblo, incluso el menos cultivado, como lo señala Burckhardt en su célebre libro *La cultura del Renacimiento en Italia*. Spengler ha defendido la interesante tesis de que el espíritu gótico siguió viviendo en los renacentistas italianos a pesar de las nuevas actitudes de modernidad. Esta tesis, atrevida como todas las de Spengler, tiene gran parte de verdad, pero hay que advertir que lo específico del Renacimiento es el surgimiento de una nueva sensibilidad y una nueva cosmovisión; literalmente, una nueva concepción del hombre, basada en la entronización de la Ciudad del Hombre allí donde en la Edad Media se había entronizado la Ciudad de Dios o Civitas Dei. El hombre culto, liberado ya del peso de la teología y de la subordinación de la filosofía a aquélla, inventa un nuevo modo de filosofar completamente autónomo. Y sobre todo en el campo de las artes plásticas y la poesía, renacen los modelos estéticos antiguos y, con ellos, la concepción del hombre que llevan envueltos. Los hombres del siglo XIV llevaron las cosas hasta el extremo que quisieron imitar a los antiguos en cosas como el vestir y el comer. Y lograron, por supuesto, que fuera desenterrado de los conventos y las bibliotecas todo el tesoro cultural de la Antigüedad.

El humanismo en su sentido italiano conoció su decadencia a comienzos del siglo XVI. Los humanistas mismos, que antes eran reputados y admirados poetas-filólogos, comenzaron a ser vistos como individuos sospechosos. El Renacimiento estaba en decadencia, pero había dejado una tradición que nunca ha llegado a perderse. Esta tradición, que se ha mantenido en las escuelas y universidades euro-

peas -y que en cierta forma ha sido resucitada también en las universidades norteamericanas-, es la que le confiere un alto valor formativo y cultural al estudio de las lenguas antiguas. En el Gimnasio alemán, o universidades como Oxford, en Inglaterra, se hace todavía un estudio sistemático y riguroso de la cultura antigua que comienza por el estudio de las lenguas antiguas. Los alemanes y los ingleses son los adelantados actuales de esa magnífica tradición, aunque no pueden despreciarse las contribuciones de italianos, franceses y españoles. En Latinoamérica, desgraciadamente, esa tradición se ha perdido casi por completo. En el siglo pasado, unos cuantos hombres, cuyo paradigma es el venezolano Andrés Bello, cultivaron el estudio de las humanidades de forma rigurosa; pero hoy en día se han extinguido casi por completo el estudio del latín y del griego, con lo cual se nos amputa la posibilidad de adquirir una sólida formación humanística.

Pero el humanismo, actualmente, no significa tan sólo el estudio de las lenguas y la cultura clásicas. Hay un nuevo sentido, más categorial y sistemático, del humanismo, que aspira a una concepción del hombre liberado de la alienación a que está sometido. Inspirado en el viejo socialismo, Carlos Marx forjó una teoría de este nuevo humanismo. Esta teoría forma parte importante del modelo socialista. En toda la obra de Marx se halla presente este supuesto de una revolución que cambiará cualitativamente la situación del hombre alienado. Pero en los *Manuscritos de 1844* esboza una teoría más específica. Nos habla allí Marx de tres fases del nuevo humanismo: el humanismo teórico, el práctico y el positivo. El humanismo teórico consiste en la superación de la fase teológica de la humanidad; el centro de gravitación del hombre no será ya Dios, sino la propia naturaleza humana. Esta superación de la teología había sido iniciada por Ludwig Feuerbach en sus aforismos sobre la filosofía del futuro, y Marx se inspira en él, pero superándolo a su vez. Esta superación tiene lugar en lo que Marx denomina el humanismo práctico. Este humanismo se corresponde con lo que antes veíamos que debe ser el comunismo, a saber, el movimiento real, la lucha concreta y revolucionaria para cambiar las condiciones en que vive actualmente el hombre. Es el mismo humanismo que proclaman revolucionarios como Ernesto Che Guevara en su obra sobre *El socialismo y el hombre en Cuba*, donde nos habla de la necesidad de crear un hombre nuevo, que él llama "el hombre del siglo XXI". En cuanto al humanismo positivo, éste sería propiamente el que correspondería a una socie-

dad socialista desarrollada, exenta de las diversas alienaciones que todavía presentan las sociedades de transición y, por supuesto, las capitalistas.

Una de las características del humanismo positivo es el desarrollo pleno de los individuos y de su conciencia a través de la satisfacción de todas sus necesidades y más allá de la sujeción al salario y al dinero. Marx nunca pretendió que el socialismo fuese ese colectivismo en que han caído las sociedades socialistas actuales. Ese colectivismo, que aspira a una robotización de la vida humana y que castra la individualidad en nombre de la sociedad, no tiene nada que ver con el humanismo marxista. Una y otra vez nos habla Marx del "desarrollo universal" (*allseitige Entwicklung*) de los individuos como la única manera de superar la *allseitige Entausserung* o "alienación universal". Esta alienación era definida por Marx como "el paso universal del valor de uso al valor de cambio". Esta proposición, que aparentemente es sólo económica, implica toda una teoría sobre la vida humana capitalista, basada en la conversión universal de todos los valores en valores de cambio. No sólo los valores de uso cotidianos se convierten en mercancías, sino también otros valores, como la conciencia y el honor, y la vida humana misma, son vistos a través de la relación mercantil. El mercado mismo, decía Marx, no existe para el hombre, sino que el hombre existe para el mercado. No se satisfacen las necesidades del hombre, sino las necesidades del mercado. Dentro de esta sociedad, por ejemplo, la mujer nunca podrá liberarse y dignificarse, porque siempre será explotada como un objeto de consumo, como una mercancía más destinada a consumir mercancías y a hacer vender mercancías a través de la imagen de su cuerpo, independientemente de si la mujer está dotada de un espíritu. Y el hombre mismo, aún el más desalienado, tiene que vivir con y para el dinero. El desarrollo universal de los individuos, el nuevo humanismo, sólo podrá sobrevenir cuando en la sociedad se den las condiciones que antes enumeramos dentro de la teoría del socialismo.

Por otra parte, y en lo que respecta al viejo humanismo, Marx lo incorpora a su práctica intelectual. En lugar de despreciar los viejos estudios de humanidades, Marx los emprende y llega a dominarlos por completo; su conocimiento de los autores antiguos en sus propias lenguas era grande y vasto. Llegó así Marx a construir una ciencia humanística y un humanismo científico, que no conoce esa alie-

nada división del trabajo que es característica de nuestros científicos modernos, que desdeñan el humanismo, y de nuestros humanistas modernos, que desdeñan la ciencia. ■